



CONFERENCIA MUNDIAL SOBRE MISIÓN Y EVANGELIZACIÓN

VEN, ESPÍRITU SANTO, SANA Y RECONCILIA

Llamados en Cristo a ser comunidades de reconciliación y de sanación

Atenas (Grecia), 9-16 de mayo de 2005

PLEN 11 de mayo

No difundir antes de su presentación en la sesión plenaria

Documento No **3**

TESTIMONIO PERSONAL

Nací en un hogar cristiano, hija y nieta de pastores pentecostales. Fui criada y educada con amor y dedicación, siendo la hija menor después de dos varones. Desde mi niñez fui instruida en el camino cristiano y aprendí a amar a Jesús. Cuando comprendí el plan de salvación, me bauticé, y recibí el don del Espíritu Santo con manifestación de lenguas. Desde muy joven participé en las tareas de la iglesia. Fui maestra de Escuela Dominical, después Directora, líder de jóvenes, maestra en Cursos Bíblicos. Estudié y me preparé para el servicio cristiano, y trabajé y trabajo en todo lo que puede ser útil. Tengo 2 hijas jóvenes, Evangelina, de 20 años, y Sandra, de 18 años, ambas fieles a Dios y activas en la iglesia. Estoy separada hace 15 años, y divorciada legalmente hace 12 años. Dios ha sido fiel conmigo y nunca me ha defraudado. Con su ayuda he podido salir adelante, conducir mi hogar, y sostenerlo económicamente, emocionalmente y espiritualmente. Cristo me hizo libre no solo del pecado sino también de toda atadura emocional y opresiva sobre mi vida.

Debido a que estamos tratando el tema “Ven Espíritu Santo, sánanos y reconcílianos”, me parece que puede ser de utilidad contar mi testimonio personal al respecto.

“A la edad de 31 años me casé con un muchacho de mi misma edad, después de un año y dos meses de noviazgo. Yo notaba ciertos problemas en su carácter, pero pensaba que mi amor, comprensión y cierta capacidad para resolver problemas iban a ser una solución para su vida. Justifiqué sus actitudes por su entorno familiar, y me convencí de que todo iba a ser distinto estando casado conmigo, porque en definitiva él era bueno, noble y me amaba mucho. Al poco tiempo de casados me dí cuenta que no iba a ser fácil la convivencia, pero yo estaba emocionalmente entera y creía que podía manejar la situación. Lo cierto es que, mas tiempo pasaba, mas difícil se hacía. Las discusiones eran casi continuas. Me desorientaban sus cambios bruscos: De pronto yo era la peor basura, y otras veces llorando me pedía disculpas y decía que no había mujer como yo. Pasaba de las actitudes agresivas a las caricias amorosas con tanta facilidad que mi mente y mis sentimientos no lograban acomodarse. Me hacía culpable de cualquier cosa que pasara en la casa, con mis hijas, con él. Me reprochaba si no tenía la capacidad de resolverle un problema, y muchas veces dejaba de trabajar porque decía que los problemas le traían angustia. Pasé a ser yo la cabeza económica, emocional y espiritual de mi hogar, pero todo esto me debilitaba físicamente y emocionalmente. Al principio traté de ocultar la situación, pero después comprendí que necesitábamos ayuda, así que acudí a mi iglesia, y tanto el Pastor como los líderes intentaron ayudarnos aconsejándonos y conteniéndonos para poder salvar la relación.

Como la situación era difícil, el Pastor nos recomendó un Consejero matrimonial especializado. En un primer momento mi esposo no aceptó porque consideraba que nadie desde afuera debía resolver nuestros problemas internos, así que por sugerencia del Consejero comencé a ir sola, hasta que ante mi determinación aceptó acompañarme. Fuimos tratados durante un tiempo, pero el Consejero consideró que era necesario un tratamiento psicológico debido a la inestabilidad emocional de mi esposo, a lo que éste se negó rotundamente, y ante la promesa de un cambio y los pedidos de perdón seguimos un tiempo más, pero volvíamos a lo mismo, y yo no lograba revertir la situación. Mi desgaste llegó al punto de perder mis objetivos y ya no entendía que sentido tenía mi vida. Lloraba más tiempo del que podía imaginar, me estaba convirtiendo en una automática, y llegué a comprender porqué había personas que se quitaban la vida.

Le reproché a Dios por lo que me pasaba, considerando que no era justo porque yo había llevado una vida de integridad y de servicio a Dios, pero, el Espíritu Santo trajo a mi mente situaciones pasadas, y en mi interior parecía escuchar su dulce voz diciéndome: “Hija, yo te lo mostraba vez tras vez, pero la secesión fue tuya”. Cuando reconocí mi error, entonces le pedí perdón a Dios, saqué fuerzas de donde no tenía y decidí hacer algo para la restauración de mi propia vida. En primer lugar hablé con mi Pastor para recibir un consejo de acuerdo a la Palabra de Dios. Recuerdo que le dije: “Estoy consumiendo mi vida y no logro avanzar un paso para solucionar este problema. Yo quisiera separarme pero si se que Dios no aprueba mi decisión, aprieto los dientes y sigo adelante con esta relación, aunque me cueste la vida, porque no quiero hacer algo que desagrade a Dios”. Todavía resuenan en mi mente las palabras de mi Pastor que fueron claras para mí, me dijo: “Rut, ese no es el Dios que nosotros predicamos. Nosotros creemos en un Dios perdonador y misericordioso. Misericordia significa otra oportunidad, Dios quiere tu bien y tu realización personal, por lo tanto no te obligaría a mantener una relación que te está destruyendo, ahora si tu tienes alma de mártir y quieres seguir, es decisión tuya y no de Dios, pero lógicamente tendrás que asumir las consecuencias de la separación”.

No era posible cambiar a la otra persona. No lograba salvar mi matrimonio, pero si era posible revertir mi situación personal, entonces resolví separarme. Mis hijas tenían 2 y 4 años, yo estaba enferma físicamente y emocionalmente y espiritualmente decaída. Los médicos se ocuparon de mi físico deteriorado. La contención familiar, la de los amigos, y de la comunidad en la iglesia, restauraron mi parte emocional, y me ayudaron a fortalecerme espiritualmente para que pudiera ser útil a Dios, a mi familia, a la sociedad, a la iglesia.

En esos momentos presenté la renuncia a mis actividades ministeriales, porque ahora era una persona separada y no quería traer conflictos a la congregación, pero los líderes y la comunidad no la aceptaron. Sus conceptos fueron: “Es como si un camión te hubiera atropellado, estas herida pero con vida, y nuestra misión no es enterrarte sino buscar los medios necesarios para que seas sanada y restaurada”.

Mi esposo dejó de congregarse en nuestra iglesia porque consideraba que prácticamente, debieran haberme obligado a continuar con el matrimonio, y a mí me trató de adúltera por resolver separarme. Fue aconsejado por nuestro Pastor a ponerse bajo la cobertura de otro Pastor en otra iglesia para ser restaurado. Un Pastor amigo de él asumió su cobertura y le dedicó mucho tiempo y energía, pero cada vez que parecía que se iba recuperando recaía nuevamente, se molestaba con los líderes y dejaba de asistir a la iglesia, o concurría a otra.

El tiempo que siguió no fue fácil, mis hijas pequeñas vivían conmigo en casa de mis padres, y compartían los fines de semana con el padre. Tuve que hacerme cargo del sustento para mis hijas porque el padre nunca, hasta el día de hoy, aportó para sostenerlas, y para colmo trataba de inculcarles que la iglesia, mi padre (a quien las niñas adoraban) y yo, estábamos equivocados, y esto producía conflictos continuamente. Otro golpe fuerte fue enterarme que se alcoholizaba. Ajena a esta situación yo

dejaba a las niñas a su cuidado parte del fin de semana, pero un día se alcoholizó delante de ellas y esto perjudicó más la relación tanto conmigo como con mis hijas que quedaron asustadas y aturcidas.

A pesar de todo, no lo rechazamos, intentamos hacerle entender que debía ser ayudado para dignificar su persona, pero que la decisión era suya. Por mi parte aproveché todos los recursos que la iglesia provee (consejería pastoral, grupos de sanidad interior, talleres y retiros de reconciliación) para restaurar y sanar no solo mi situación sino también las heridas de mis hijas.

Por otro lado, yo estaba recuperada físicamente, pero tenía una carga muy grande, porque había aconsejado a muchos jóvenes y sentía que no estaba siendo ejemplo al haber fracasado en mi matrimonio, hasta que, en una reunión que llamábamos “De corazón abierto”, donde podíamos expresar nuestros sentimientos y recibíamos conceptos positivos de parte del grupo, que nos ayudaban a superarnos, recibí palabras sanadoras especialmente de 2 jóvenes, uno me dijo: “Rut, el día que te perdones a vos misma vamos a ser todos más felices”, y una joven me dijo: “Yo te conozco desde que tengo uso de razón y recuerdo cada libro que me regalaste y cada consejo que me diste, siempre te admiré y esto no cambió, Rut, yo quiero ser como tú”. Luego algunas madres me pidieron que siga aconsejando a sus hijas. Creo que ese día Dios utilizó a esas personas de la comunidad para restaurarme y decirme que todavía tenía mucho para dar.

Más adelante, y con el aval de personas de la congregación, pude sacar un préstamo para comprar un departamento en el que vivo actualmente con mis 2 hijas. Hoy puedo decir que mis heridas internas fueron vendadas y curadas por una comunidad que supo trabajar y acompañarme en el proceso, y fueron sanadas por el poder del Espíritu Santo, por eso puedo contar mi testimonio sin sentir dolor al hacerlo y con la intención de que sirva para ayudar a otras personas en conflicto. Fui reconciliada conmigo mismo y con el trato con mi ex esposo, a quien no le guardo rencor y deseo que le vaya bien y sea restaurado.

Mis hijas fueron orientadas en respetar y ayudar al padre, aunque no compartan sus conceptos ni su estilo de vida, y hoy, ya jóvenes, y formadas en una comunidad sanadora, tratan de pasar por alto muchas cuestiones con su padre, para evitar la ruptura de la relación y ver si es posible que logre rehacerse. Las dos trabajan, estudian en la Universidad, aman a Dios con todo su corazón y participan activamente en las actividades de la iglesia.

Yo, actualmente soy Secretaria Ejecutiva de la Iglesia Cristiana Bíblica y de Ministerios como “Cruzada Argentina a Cada Hogar” y “Sociedad Bíblica Internacional”. Trabajo a full en los ministerios de la iglesia. Mi posición cercana al Pastor, formando parte de su equipo, me permite plantear mi punto de vista como mujer en los ministerios de la iglesia.

Hoy entiendo la importancia de una comunidad sanadora, pero también entiendo que la decisión es personal, no hay nada mágico, es un proceso que comienza cuando lo deseamos y decidimos caminar cada día obedeciendo y siendo fieles a Dios, a nuestros líderes y a la comunidad que nos cobija. Estoy convencida, y afirmo que: debemos tomarnos la responsabilidad de convertir lo negativo en positivo, con la autoridad y fuerza que nos da el Espíritu de Dios. Mi deseo es que muchos puedan decir conmigo:

“Gracias Espíritu Santo por sanarme y reconciliarme conmigo misma, con la sociedad que me rodea, y especialmente con quienes en algún momento me causaron dolor. “